

Por último, fieles míos, tratando de hacer una comunión provechosa, debéis adornar el alma con las santas virtudes, disponiéndoos próximamente á recibir á Jesucristo con actos fervorosos de veneración, humildad, confianza y amor. ¡ Con qué veneración se acercaron los Magos á Jesucristo cuando fueron á adorarle en el pesebre! ¡ Con qué humildad se le presentó el Centurion cuando se confesó indigno de hospedarle en su casa! ¡ Con qué confianza se le llegó la hemorroisa cuando furtivamente le tocó el extremo del vestido! ¡ Con qué amor le adoró Magdalena cuando arrodillada le besó los piés y los bañó con ardientes lágrimas! Tales deben ser vuestros afectos cuando vais á comulgar; y no me digais que os pido demasiado. ¿ Acaso no es el mismo Jesucristo el que viene á visitaros? ¿ Por ventura no es algo más recibir á Jesucristo dentro el corazón, que adorarle exteriormente?...

No echeis al olvido, amados míos, las instrucciones que acabo de daros sobre las disposiciones con que debéis acercaros á la sagrada Eucaristía: cuidad sobre todo de recibirla con gran pureza de conciencia y con gran fervor de corazón. Con la primera evitaréis un sacrilegio; con el segundo conseguiréis muchas gracias y bendiciones, y después el cielo. Amen.

## PLÁTICA VI.

### FRUTOS DE LA BUENA COMUNION.

Hic est panis de celo descendens:  
ut si quis ex ipso manducaverit, non  
moriatur. (Joan. vi, 50, 51).

Vistas en la última instrucción las disposiciones con que debemos acercarnos á la sagrada Comunión, nos quedan por ver los efectos admirables que ella produce en nuestras almas, cuando la recibimos bien preparados y dispuestos. Pero ¿ cómo podré yo explicar los inestimables frutos, las inmensas riquezas que Dios nos prepara en este celestial convite? Hijos míos, son tantos los bienes, tantas las gracias que recibimos en la santa Comunión, que la Iglesia al considerarlo exclama atónita: ¡ Oh convite sagrado, en el cual se recibe á Jesucristo, se renueva la memoria de su pasión, el alma se llena de gracia, y se nos da una prenda de la gloria venidera! *O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, recolitur memoria passionis ejus: mens impletur gratia, et futurae gloriae nobis pignus datur!*

Para daros alguna idea de los admirables dones que recibimos en este divino Sacramento, es indispensable presuponer la gran diferencia que hay entre él y los seis restantes. Comparada la Eucaristía con los demás Sacramentos, es entre ellos lo que el sol entre los astros, lo que el oro entre los metales, lo que la fuente respecto del riachuelo. Porque, en verdad, los otros Sacramentos no son sino riachuelos que nos

comunican una cantidad determinada de gracia ; pero la Eucaristía es la fuente, es el manantial donde la recibimos de lleno : los otros Sacramentos obran en nosotros por una virtud comunicada de Jesucristo ; pero en la Eucaristía el mismo Jesucristo en persona es quien obra en nosotros, quien nos alimenta de su propia sustancia, quien vive y habita en nuestro corazon con todos los tesoros de sus gracias, sumamente deseoso de derramarlas á manos llenas. Por manera, hijos míos, que si nosotros no ponemos obstáculo á su infinita largueza y caridad, es tal la copia de gracia que nos comunica, que justamente podemos llamarla con la Iglesia, *gracia llena y sobreabundante : Mens impletur gratia.*

Esto lo comprenderéis mejor examinando en particular y con orden los frutos que la santa Comunión obra en nuestras almas ; lo que voy á hacer con toda la claridad y precision que me sean posibles.

El Pan eucarístico, dice el angélico Doctor <sup>1</sup>, produce en nuestras almas unos efectos muy semejantes á los que el alimento material produce en nuestros cuerpos ; porque así como el alimento material mantiene la vida del cuerpo, le da fuerzas y vigor, lo hace crecer y lo conduce á perfecto estado ; así el alimento eucarístico mantiene la vida del alma, le infunde vigor y fuerzas, y la levanta á nuevos grados de perfeccion y santidad.

En primer lugar *mantiene la vida del alma*, que es la gracia ; por manera que, segun la doctrina del mismo Jesucristo, quien come este pan celestial en el debido modo, no mo-

<sup>1</sup> D. Thom. 3 part. quæst. 79, art. 1.

rirá de muerte espiritual : *Hic est panis de caelo descendens, ut si quis ex ipso manducaverit, non moriatur.* ¿Y cómo ha de morir, hijos míos, si él le fortifica contra todo lo que pudiera hacerle caer en pecado ? ¿si él quita las fuerzas á cuantos enemigos pueden inducirle á la culpa ? Quítense al demonio los ardides tramposos con que nos tienta ; quítense á la carne la concupiscencia desenfrenada con que nos combate ; quítense al mundo el atractivo falaz con que nos seduce ; desarmados estos tres enemigos capitales, ¿no es verdad que casi somos impecables ? Pues héos aquí lo que hace la santa Comunión : reprime las tentaciones del demonio, mitiga los ardores de la concupiscencia, quita el amor del mundo.

*La Comunión reprime las tentaciones del demonio* ; así lo asegura santo Tomás : *repellit omnem demonum impugnationem* <sup>1</sup>. Hijos míos, no perdais de vista esta máxima. Hay ciertas almas á quienes el demonio persigue de un modo particular : nunca les permite descanso ; jamás les concede treguas ; siempre está á su lado soplando la tentacion. ¿ Quiéren estas almas un alivio ? Comulguen con alguna frecuencia ; y pronto experimentarán, con gran satisfaccion suya, que las tentaciones son menos frecuentes, menos violentas, menos importunas ; y pronto conocerán que el demonio las tiene mas respeto y consideracion, ó mejor dicho, que huye de ellas y se retira.

Cuando los filisteos vieron comparecer el arca del Señor en el campamento de los hebreos, ¡ah! gritaron, estamos perdidos ; ahí está el Dios de Israel que viene en socorro de su pueblo : huyamos, huyamos de la presencia de ese Dios terrible : *Venit Deus in castra... væ nobis... quis nos salvabit de*

<sup>1</sup> D. Thom. 3 part. quæst. 79, art. 6.

*manu Deorum sublimium?* Del mismo modo, hijos míos, cuando nosotros hemos comulgado, nos presentamos terribles y formidables á los demonios mismos, los cuales viendo que llevamos dentro el pecho al Dios que destruyó su imperio, tiemblan, huyen y se esconden. No os oiga, pues, quejaros mas de las tentaciones del demonio; porque os diré, que las padeceis por vuestro gusto, puesto que para quitarlas, ó al menos disminuirlas, no habeis de hacer mas que frecuentar la santa Comunión.

*La sagrada Comunión mitiga la concupiscencia*; así lo enseña también santo Tomás: *diminuit fomitem*<sup>1</sup>. No digo que mate enteramente nuestras pasiones, porque estas quedan siempre para nuestro ejercicio, como enseña el santo concilio de Trento; lo que digo es, que disminuye su fuerza, que reprime sus movimientos, que las sujeta hasta un punto que no deben inspirarnos gran cuidado. Por esto san Bernardo decía á los fieles de su tiempo: Si vosotros observais que vuestras pasiones van perdiendo las fuerzas; que los movimientos de ira, envidia, incontinencia van siendo cada dia menos impetuosos, atribuidlo al Cuerpo y Sangre de Jesucristo que recibís en la Comunión: pero si, á pesar del Cuerpo y Sangre de Jesucristo que recibís, vuestras pasiones mantienen siempre la misma fuerza; entonces temblad, porque esto es indicio de que vuestras comuniones no son lo que deberían ser.

Pero la pasión que queda mas humillada y abatida por la eficacia de la sagrada Eucaristía, es puntualmente la mas fiera y peligrosa de todas, quiero decir la impureza. Esta pasión indomable y desenfadada halla un gran freno en la

<sup>1</sup> D. Thom. 3 part. quæst. 79, art. 6 ad secundum.

santa Comunión; porque la Carne inmaculada de Jesucristo comunica á la nuestra sus purísimas calidades, y su Sangre purísima purifica la masa de la nuestra infectada por el pecado. Por esta razón la Eucaristía se llama en las santas Escrituras *pan de elegidos, y vino que produce vírgenes*; porque nos quita el gusto de los placeres sensuales, y á manera de Angeles nos hace vivir en el cuerpo, como si cuerpo no tuviésemos. Ahora sabréis, cristianos carnales, cuál entre otras es la causa de vuestras miserias... es la poca ó ninguna frecuencia de la santa Comunión.

*La santa Comunión quita el amor del mundo.* Desde el dia que una persona comienza á frecuentarla, comienza también á tratar al mundo con el desprecio que merece; porque conoce que en él todo es humo, todo es vanidad, todo farsa, como decía un rey escarmentado. ¿Y que no lo veis? Comienza una doncellita á frecuentar la santa Comunión... adios mundo, adios bailes, adios amantes, adios galas. Las galas se convierten en un vestido oscuro y modesto, el amante es Jesucristo, el baile se deja por la iglesia; y aquella misma doncellita, que poco antes era quizás la mas fanática partidaria del mundo, es despues la que mas le detesta y abomina. Un cambio semejante se nota en cuantos comienzan á gustar el Pan eucarístico con alguna frecuencia y buena disposición. ¿Y sabeis por qué? Porque es propio de este Pan celestial traer al alma tal suavidad y dulzura, que pronto la hace olvidar todas las delicias materiales de la tierra: *Panem de celo præstitisti eis, omne delectamentum in se habentem.*

Pero no paran aquí los efectos admirables de este divino Sacramento. Así como el alimento material no solo conserva la vida del cuerpo, sino que lo hace crecer hasta llegar á la

debida estatura y perfeccion ; así el Pan eucarístico no solo nos preserva de la muerte del alma , sino que nos hace crecer de virtud en virtud , de mérito en mérito , de santidad en santidad. Por esto fue figurado en aquel pan misterioso que el Ángel dió á Elías en el desierto , con el cual quedó tan confortado el Profeta , que sin otro alimento pudo caminar cuarenta dias y cuarenta noches continuas hasta la cumbre del monte Oreb. Porque , en efecto , tal es el vigor espiritual que la Eucaristía infunde en quien dignamente la recibe , que hace grandes progresos en el camino de la virtud , y llega felizmente á la cumbre de la perfeccion.

No importa que estos progresos no sean siempre sensibles y manifiestos ; por esto no dejan ellos de verificarse. Sucede en el orden de la gracia lo mismo que en el orden de la naturaleza. ¿ Acaso cuando crecemos en el cuerpo , lo sentimos ? No ; sino que vamos creciendo insensiblemente y sin advertirlo. Pues lo mismo pasa en cuanto al alma : se puede crecer , y muchas veces realmente se crece en la gracia , en el fervor , en la devocion y en todas las virtudes cristianas , sin que se conozca , sin que por algun tiempo se noten los adelantos ; pero lo que no se conoce por de pronto , se conocerá despues. — Esto vaya dicho de paso para consuelo de aquellas almas buenas que frecuentan la santa Comunión , y no obstante les parece que no sacan fruto alguno.

En consecuencia de este aumento de gracia , la Eucaristía nos purifica directamente de los pecados veniales que cometemos todos los dias , — se entiende de aquellos á los cuales no conservamos afecto ; — porque como dice santo Tomás <sup>1</sup> , este divino Sacramento nos excita á un acto de caridad ; y

<sup>1</sup> D. Thom. 3 part. quæst. 79 , art. 4.

es cosa ya sabida que todo acto de caridad destruye las culpas veniales , á las que no se tiene apego actual. ¿ Quereis mas ? El mismo pecado mortal queda destruido por la eficacia de la Eucaristía , si cuando la recibimos juzgamos inculpablemente no tenerlo , ó lo que es lo mismo , nos acercamos á ella de buena fe. Así lo enseña expresamente el angélico Doctor <sup>1</sup>.

Por último , hijos míos , en la Eucaristía recibimos una prenda inefable y segura de nuestra eterna felicidad en la gloria , como nos lo dice la Iglesia : *Et futurae gloriae nobis pignus datur*. Esto quiere decir , que el banquete eucarístico con que Jesucristo nos regala acá en la tierra , es como un ensayo de aquel banquete eterno , en que nuestra alma será saciada allá en el cielo ; y que la divinidad que ahora recibimos oculta bajo los velos de pan , la veremos un dia al descubierto y la gozaremos con toda plenitud. Y esto no es ya una simple conjetura , no es una cosa meramente probable ; sino una cosa cierta , una cosa infalible ; porque el mismo Jesucristo dijo : *Quien come mi Carne y bebe mi Sangre , tiene la vida eterna* : no dice el Salvador , *tendrá la vida eterna* , sino , *tiene* ; porque puede contarla por tan suya , como si ya realmente la poseyese.

Ya teneis , fieles míos , explicados los efectos que la santa Comunión produce en nuestras almas , los cuales , como veis , son grandes y admirables. — Pero ¿ cómo se concilia , me diréis , tanta eficacia en este divino Sacramento , con el poco fruto que generalmente se observa ? — Esto , hijos míos , proviene del mal uso que se hace de este Sacramento , ó de la poca frecuencia con que se recibe. Si vosotros comulgais

<sup>1</sup> D. Thom. 3 part. quæst. 79 , art. 3.

por costumbre y por rutina, con poco fervor y preparacion, con el corazon lleno de afectos viciosos, ¿qué extrañeza es que no experimenteis los efectos saludables de la Eucaristía? La culpa no es del alimento, sino del estómago, ó de vuestra mala disposicion. Si no frecuentais este Sacramento, ¿cómo quereis experimentar los efectos de un alimento, que no tomáis sino rarísimas veces? Por mas que un alimento sea nutritivo y sustancioso, ¿qué vigor puede dar, si solamente se toma de tiempo en tiempo? Y si Jesucristo es el alimento del alma, ¿por qué dejáis pasar semanas y meses sin recibirle? ¿por qué limitaros á recibirle solamente en la Cuaresma?... Acostumbraos á comulgar con frecuencia y buena disposicion, y entonces conoceréis por experiencia propia de cuánta eficacia es la Eucaristía para conservar la vida del alma, progresar en la virtud, y llegar felizmente al cielo, que es lo que os deseo. Amen.

### PLÁTICA VII.

TRES INJURIAS QUE SE HACEN Á JESUCRISTO EN LA EUCARISTÍA.

Filios enutrivi et exaltavi, ipsi autem spreverunt me. (Isai. 1, 2).

Os he explicado, fieles míos, lo que es la Eucaristía, las disposiciones que pide y los efectos admirables que produce: todo lo que os habrá hecho venir en conocimiento del amor inefable de Jesucristo en la institucion de este divino misterio. Mi pensamiento es continuar mis instrucciones sobre esta materia, haciéndoos ver cuán mal correspondemos á este amor de Jesucristo, y la suma ingratitud con que le pagamos sus bondades.

Tres clases de personas se muestran señaladamente ingratas á Jesucristo en este adorable Sacramento: las unas hallan insípido este alimento celestial, y por esto no lo frecuentan: las otras se familiarizan demasiado con él, y por esto lo reciben sin fervor; las últimas no hacen de él un justo discernimiento, y por esto comulgan en pecado. ¿Y son posibles, diréis, estas cosas? — Parece que no, hijos, que no han de ser posibles; pero todo cabe en la miseria humana. Por lo que os diré, vais á quedar convencidos de que verdaderamente así pasa, y de que Jesucristo sufre los mayores desprecios de aquellos mismos á quienes ha hecho el alto honor de alimentarlos con su propia Carne y Sangre: *Filios enutrivi et exaltavi; ipsi autem spreverunt me.*

Es innegable, hijos míos, que muchos cristianos hallan tan insípido el Pan eucarístico, que llegan á disgustarse de él, se abstienen de comerlo lo mas que pueden, y no se resuelven á recibirlo sino á duras penas. Tal vez este es el deplorable estado de algunos de vosotros; estado que no pudiera menos que causaros grandes inquietudes y cuidados, si una vez llegáseis á comprender los fatales síntomas que presenta.

El síntoma mas cierto de una salud ya alterada, ó que comienza á alterarse, es la inapetencia de los alimentos mas sabrosos y mas propios para excitar el apetito. Desde el momento que esta inapetencia se declara en una persona, se la juzga afectada de alguna enfermedad secreta, y no se duda de que tiene dentro algun mal humor que la predomina. No importa que su color sea sano; que ella misma no sienta el mal; que diga que va muy bien en la salud sin tener cosa que le duele: el síntoma no engaña.